



La Poesía Alada de Fernando González-Urizar

Por Hugo Montes

Domingo de pájaros se titula el más reciente libro de poemas de Fernando González-Urizar (Editorial Pedro de Valdivia, Santiago, 1977). Si el nombre de un objeto ha de corresponder a su esencia, a lo que lo representa con fidelidad, a cuanto le es peculiar, el autor acertó plenamente con este título. Y no es que haya ornitología ni aún de descanso o de alabanza al Señor. Tampoco hay simbología.

Muchas veces lo medular de la poesía ocurre en su tono. Es como en la música y en ciertas pinturas, cuya melodía y cuya temática quedan postergadas frente a la mayor o menor elevación del sonido y frente al distinto vigor del colorido, respectivamente. Aquí casi, casi no importa lo dicho, dada la calidad muy precisa del tono poético. Este es inolvidable, a pesar de que muchos de los poemas se alejen del recuerdo. ¿No sule ocurrir algo semejante con determinadas personas, cuyo rasgo fonológico se nos van mientras nos quedan un dejo, quizás de la voz, quizás del gesto, quizás?

Domingo de pájaros es expresión que alude a tono matutino y aireado, festivo. El mundo se distancia de la trivialidad, de la burocracia, del dinero, de la finalidad pragmática. Se ensarta, en cambio, una bandera de luz, tersa y transparente. Limpidez, frescura, inocencia: día dominical y pajarero, alado. Así esta poesía, exactamente este libro de poemas. Y ello desde la portada (detrás azules contra un fondo de amarillo claro) hasta el papel tan blanco y la tipografía espaciada con sabia sencillez.

En el reino del poeta prevalece "el espacio de un blanco cegador". Repárese en la cita, un endecasílabo cabal que habla de inmediato de orden y de tradición. Que habla asimismo de amplitud y claridad; también, de una intensidad luminosa capaz de dejar sin visión, lo que equivale a absorber en la luz del poema y consiguientemente a dejar en sombra a cuanto no es la poesía.

Pero no se entienda mal. El poeta habla de cosas muy determinadas, un árbol, una campana, una mujer con nombre propio, la misma familia de los González-Urizar. En el libro se viaja de Pekín a Moscú, se entra el mar, se toca la muerte. No se vive en una geografía celeste de irrealidades o vagos sueños. Sólo que la realidad toda viene con halo y sin dejar su ser, se trasciende en la delgadez y en la distanciamiento.

Un poema —"Oscuro picaporte"— permitirá conocer de cerca el nuevo libro de Fernando González-Urizar. Duden sus versos iniciales:

"Voy por calles lejanas, tarde arriba,
luz adentro en el tiempo, mar afuera".

La determinación espacial es mínima. Hay un andar por las calles remotas, que pueden serlo en el espacio o en el tiempo, quizás en ambas dimensiones a la vez. Se las recorre tarde arriba, expresión que de inmediato traspasa el texto de su comprensión trivial. La poesía tiene cartas en el andar, por así decirlo,

acordándolo de su quicio. Ese "tarde arriba" se ha de conjugar con las parejas análogas que siguen, "luz adentro" y "mar afuera". Mientras ésta precede del lenguaje típico, aquella es creadora, más si se la toma en su totalidad: luz adentro en el tiempo. Leyendo con la sensibilidad antes que con la lógica, se ve un vagar dislocado que lleva con extraña claridad hacia una meta de antes o después. El yo se desplaza internamente hacia otras estaciones, más claras y prometedoras. Se ha anticipado la primavera, que aparece de inmediato en el texto:

"Soy un ramo de escarcha en primavera,
una vez que se pierde en lejanías".
El yo en su actualidad aparece con aspectos negativos: escarcha, voz perdida. La esperanza estriba, empero, en ese desplazamiento. Vale la pena seguirlo:
"Paso lento que busca en la baldía
hejeraca amarilla de la aldea,
corazón que se gasta en la pelca,
soledad en azul epifanía".

Es una mirada de poco alcance. El pie va por la aldea otrol, con el corazón gastado, solitario. Extraña ese verso octavo en su final de manifestación azul, explicable sólo en relación a los tercetos. Dice el primero:

"Voy por aires y nubes y cerezas,
vagabundo, tránsito de silencio,
con el sol y la flor a ras de tierra".

Ya no hay pie, sino ala. En vez de aldea, cielo y nubes y cerezas. Las conjunciones acuden con gusto para unir la realidad etérea por la que el hablante lírico marcha a sus anchas, vagabundeando, sin otro sentido que el mero ir y venir. ¡Maravilla de ocio, de paz, de luz y perfume "a ras de tierra", es decir, a ras de altura y de fuerza!

El deambular tiene, sin embargo, un norte. Hay retorno:

"Sopla ayer en el reino al que regresas,
agua dulce me brota de los huesos
y rechina un oscuro picaporte".

Era, ya se ve, paso en regresión. Quien saliera mar afuera está tierra adentro, con agua dulce entre los huesos. Encuentra un viento que es ayer, que todo lo transforma en primavera. El retorno es total: hay un picaporte oscuro que rechina. ¿Puerta que se abre o cierre definitivo? ¿Se llegó al nacimiento absoluto o hay asenso a un final categórico? En voluntaria ambigüedad nos deja el poeta. Mejor, tal vez: le da a su palabra un doble y ambivalente significado, porque, en su mirada, origen y remate se anudan. Quien pudo evadirse hacia adentro y hacia afuera a la vez, bien puede saltar cronologías y unir lo que a muchos parece tan distante.

Y todo, por cierto, con mayor sencillez que la usada en este comentario, con la sencillez del poeta de verdad, duro en su luz, cegador a fuerza de blancura.

188 887
276 887

La poesía alada de Fernando González-Urizar [artículo] Hugo Montes.

Libros y documentos

AUTORÍA

Montes, Hugo, 1926-2022

FECHA DE PUBLICACIÓN

1977

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La poesía alada de Fernando González-Urizar [artículo] Hugo Montes.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile